

# LA GUERRA COMO LA HISTORIA ES COSA DE HOMBRES: ALGUNOS TESTIMONIOS FEMENINOS ENTRESACADOS DE LOS FRAGMENTOS DE LOS HISTORIADORES GRIEGOS (FGH)<sup>1</sup>

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

En principio, las mujeres de los ciudadanos atenienses del siglo V a.C. no tenían ningún derecho político ni jurídico. Tan sólo podían gobernar con cierta autoridad su hogar y si en él había esclavos, se convertía en la *déspoina*, en el ama de los mismos. La subordinación y dependencia de la mujer griega era total y comenzaba desde muy temprano, cuando permanecía recluida en el gineceo, es decir, en las habitaciones de las mujeres, que no tenían rejas, pues bastaba la costumbre de que éstas estuviesen retenidas en casa. Las compras necesarias para la vida cotidiana las realizaban los hombres, fundamentalmente los esclavos que acudían al ágora y se proveían de todo tipo de víveres. Esta inclusión en la esfera del hogar quedaba recogida por el dicho popular: "la mujer no debe ni siquiera interesarse por lo que ocurre fuera de su casa; eso concierne sólo al hombre".

Los deberes del ama de casa nos lo da a conocer detalladamente el historiador Jenofonte en su obra *Económico* (literalmente, "la ley de la

casa"). Para una mujer las llaves que lleva consigo son el símbolo de la auto-  
ridad, sobre todo las de la despensa y las de la bodega; de ahí que la come-  
dia nos haya transmitido escenas en las que la glotonería, la embriaguez y la  
prodigalidad de una mujer conllevaba el que su marido le quitase las llaves.  
Los valores por los que se regía la antigua sociedad y que afectaban a la  
mujer se manifestaban desde el nacimiento y la infancia. Artemidoro de  
Daldis, en su obra *Sobre la interpretación de los sueños* declara que el ver en  
los sueños a bebés siempre es presagio de penalidades y de pérdidas econó-  
micas, pero después de todo, los sueños con bebés varones son menos  
siniestros, puesto que eventualmente los niños podrán en un futuro ayudar  
a sus familias con ingresos, mientras que soñar con bebés niñas siempre sig-  
nifica pérdida económica; de ahí que tuvieran que ser provistas de una dote.

Los relieves de las tumbas nos suelen mostrar a mujeres jóvenes que  
han muerto en el momento de dar a luz o poco después. Especial atención  
merece la indicación exacta que registran los epitafios de muchos bebés,  
donde se nos señala no sólo los años y meses del niño, sino también los  
días de su existencia e incluso los minutos. En la correspondencia entre el  
emperador Marco Aurelio y Frontón se utilizan una serie de diminutivos  
sentimentales para referirse a los jóvenes príncipes de la casa imperial: se les  
llama *pulluli* "pollillos". En este estrato elevado y privilegiado de la socie-  
dad las primeras palabras del bebé se recordaban con emoción, hasta tal  
punto que estos primeros juegos y balbuceos contaban en griego con una  
palabra técnica: *philostorgia*.

El sexo de un recién nacido sólo se mostraba cuando se trataba de  
un niño provisto de unos generosos genitales. El nacimiento de niños varo-  
nes era bien recibido. En cambio, en una carta de Hilarión a su esposa y  
hermana Halis leemos: "Si das a luz a un niño, déjale vivir, si a una niña,  
deshazte de ella". Tras la niñez, la mujer llegaba al estadio de la doncellaz  
(hoy diríamos pubertad). Mientras que los muchachos se presentan con  
instrumentos de enseñanza, portando rollos de papiros en sus manos y  
recitando lecciones a su padre (pues la madre desaparecía por completo de  
su vida después del período de cuna), las doncellas son representadas con  
objetos que aseguran su futuro como madres y amas de casa: se han encon-

trado muñecas que simulan su instrucción por parte de las madres en el arte de la cocina.

Como señala un poeta anónimo de la *Antología Palatina*, al comparar la triste condición de las mujeres con la libertad de los hombres: "los muchachos no conocen el sufrimiento que nos aflige, muchachas tiernas de corazón. Ellos están siempre en compañía de sus amigos en quienes pueden vaciar sus corazones; ellos practican juegos estimulantes y dan vueltas con los rostros pintados. A nosotras, en cambio, no se nos permite ver la luz del día, sino que estamos encerradas y nos consumimos en pensamientos sombríos".

Cuando la docella moría en edad casadera esta triste circunstancia se recogía por doquier como un hecho de su miserable destino: a punto de ser *gyné* "mujer", había muerto la pretendiente que no llegó a serlo por no haberse casado y servir a su marido.

El sexo premarital apenas existía ya que se casaban a una edad escandalosamente temprana. Una tal Domitila se suicidó para evitar la violación de los godos. Sus padres que se sentían muy orgullosos de su hija por tal acción, nos cuentan que tenía catorce años y que llevaba casada siete meses. Este es uno de los más de mil cien suicidios que se produjeron entre este grupo de doncellas de temprana edad. Estos datos vienen confirmados por el tratado hipocrático *Sobre las vírgenes*. En él un médico mayor observa que debido a la menstruación que se bloqueaba en las vírgenes, sus corazones sufrían una opresión tan grande que se inclinaban a tirarse o a ahorcarse por sí mismas. Como terapia recomienda las relaciones sexuales lo antes posible. Por este fragmento queda claro que el paso de la infancia a la vida adulta era mucho más abrupta para las mujeres que para los hombres.

Finalmente, la joven doncella había alcanzado la edad de llegar al matrimonio. La iconografía nos muestra la significación del matrimonio en la vida de las mujeres: los recipientes especiales de agua para el baño de la novia a menudo se refieren al gran acontecimiento cuando es traída desde la casa de su padre al *oikos* de su novio. Simbólicamente es llevada al umbral (rito de paso), indicativo del paso del dominio de la casa del padre a la casa del marido.

El día más grande en la vida de una mujer se nos muestra en canciones de boda al que autores como Safo y Catulo dieron expresión literaria. Símbolo de la unión observamos el cruce de las manos derechas, la *dextrarum iunctio*. En ocasiones un pequeño Amor entre los dos aludía al amor mutuo, pudiendo tener la mujer una granada en la otra mano como símbolo de la fertilidad que ella tenía que garantizar.

Es más, se la culpaba si no podía concebir. Las ofrendas votivas testifican la gratitud de las mujeres hacia la divinidad, en particular hacia Hera. Estos exvotos tiene la forma de útero, *hysterós* en griego, el órgano femenino encargado del deber reproductivo. Si el útero no concebía, aseguraban los médicos expertos, provocaba en la mujer un efecto que la conducía irremediablemente a la histeria.

Aunque la muerte de una madre joven era un hecho lamentable, al menos había muerto como mujer completa. Y así para acentuar su estatus de *gyné* su recién nacido se mostraba en escenas de despedida en la tumba destinadas a conmover a los transeúntes.

Aparte del ideal de maternidad, la iconografía también confirma el lacónico epitafio latino *lanam fecit, domum servavit*: en varias miniaturas y en vasos se muestran a mujeres ocupadas hilando, lavando, molinado, cociendo, cocinando y realizando otras actividades domésticas.

En los epitafios de mujeres se aprecia igualmente el orgullo de sus familias por las virtudes de las primeras: murieron como modelos de castidad, cuidado, piedad y lealtad. Palabras como *piisima*, *pudica* y *univira* son clichés en el texto de las tumbas. También contamos con representaciones de mujeres en el acto de la lamentación, pues el luto sienta bien a Electra.

¿Pero qué podía esperar una mujer de la antigüedad cuando pasaba la edad de engendrar hijos? En muchos casos perdía su valor esencial, amén de su dignidad. Con macabro humor el arte helenístico acentúa el decaimiento de su cuerpo: retratos de viejas decrepitas y de mujeres bebidas que se aferran al odre de vino. Según esto, ¿qué función social podía tener una mujer después de la menopausia? No existían juntas ni consejos para mujeres mayores que, en cambio, sí tenían los hombres. Sólo a unas pocas les quedaba la posibilidad del sacerdocio. Las demás intentaban ser útiles

mediante el cuidado de los niños pequeños, posibilidad real que produjo la representación afectada de la figura de la vieja enfermera o cuidadora.

El mayor orgullo para una mujer en la antigüedad era pasar su vida sin que se hablase de ella y sin que fuera vista en público. El ideal de la *sophrosyne* se muestra en el hecho de que tanto la madre, como las hermanas, la esposa o las hijas sean conocidas a través del nombre del varón (algo semejante que ocurre hoy día y salvando las distancias en el mundo anglosajón, donde la mujer, al contraer matrimonio, abandona su nombre de soltera y adopta el de su marido).

A tenor de lo dicho hasta ahora alguien podría preguntarse si salían las mujeres alguna vez de sus casas. Tenían ocasión de hacerlo, sobre todo con motivo de las fiestas de la ciudad o por acontecimientos familiares. Precisamente en Atenas existía una fiesta especialmente reservada a mujeres casadas: las *Tesmoforias*. También solían hacerse visitas unas a otras acompañadas de sus esclavas con el pretexto de pedir objetos domésticos. Igualmente las mujeres tenían derecho a asistir a las representaciones teatrales que formaban parte de las fiestas en honor a Dionisos; sin embargo, era un signo de buena educación presenciar sólo las tragedias, ya que las comedias solían tener un carácter licencioso. Sin embargo, las mujeres casadas no podían acudir a los espectáculos deportivos (fiestas olímpicas), a los que incluso podían asistir esclavos y bárbaros.

La educación de una joven ateniense se reducía, pues, a las labores domésticas: cocina, tratamiento de la lana y el tejido, y algo de lectura, cálculo y música impartida por su madre y por las demás mujeres de la familia. En Esparta, en cambio, las mujeres practicaban en público muchos deportes: lucha, lanzamiento de disco y jabalina. A los espartanos le preocupaba mucho el *eugenismo* y preparaban robustas y fuertes madres de familia futuras. Aparecían desnudas en las procesiones y bailaban y cantaban en presencia de los muchachos. En el día de la boda, la muchacha espartana raptada era entregada a la *ninfetria* (mujer que ayudaba en la ceremonia) que le cortaba el pelo al cero, la vestía de hombre y la acostaba en un jergón, sola y sin luz. Luego llegaba el novio que había comido con sus compañeros como siempre, y tras permanecer con ella un breve tiempo, volvía con sus amigos.

Ante el ejemplo espartano muchas mujeres adoptaron costumbres más libres durante la Guerra del Peloponeso que duró treinta años. Este desorden provocó la creación de una magistratura especial encargada de vigilar la conducta de las mujeres: este magistrado era el *ginecómodo*. Los hombres, por su lado, tenían una concubina (*pallaké*) sin separarse de su mujer legítima. Las *hetairas* eran normalmente esclavas que solían ser bastante cultas y refinadas y que hicieron una gran fortuna. En Atenas, en el barrio del Cerámico y en el Pireo existían casas de prostitución que recaudaban pingües beneficios, una parte de los cuales se dedicaron a la construcción del templo de Afrodita Pandemos.

Por todas estas circunstancias los matrimonios griegos no eran muy fecundos. Existían además dos métodos para evitar una familia numerosa: el aborto y el abandono de los recién nacidos. La ley no prohibía el aborto pero debía contarse con la aprobación del marido. Existía un escrúpulo religioso que impedía matar a un niño recién nacido, pero no impedía dejarlo morir abandonado. Estos niños abandonados podían ser recogidos por esposas estériles o para ser esclavos.

El pensamiento griego, al tratar la naturaleza femenina, supone invariablemente, aunque con innegables matizaciones que la mujer es inferior al varón, ya que en su forma de actuar no se rige por la razón, sino que su proceder está sometido al influjo de las pasiones. Esto conduce directamente a una división "natural" de los roles sociales y al sometimiento de la hembra al varón, para el cual queda reservada la acción en la vida pública y por tanto en el ámbito del poder político; además, la condición masculina conlleva la obligación de tutelar a la mujer, que al verse privada por naturaleza del *lógos* deberá mantenerse en el ámbito de lo privado, donde sus acciones sean fácilmente controlables y de escasa trascendencia.

Sabemos que Sócrates (Jenofonte, *Simposio* 2.8.9) atribuía la inferioridad de la mujer a la falta de educación de aquella, siendo obligación del marido proporcionársela. Jenofonte (*Económico* 7.26-27) habla del natural destino de la mujer para los trabajos domésticos. Aunque admite una capacidad semejante de los dos sexos para dominar las pasiones, establece la tradicional división de papeles entre el varón y la hembra. A pesar

de que la escuela pitagórica sostuvo la idoneidad de la mujer para gobernar, la mayor parte de los autores opinaba lo contrario. Fintis vuelve a insistir en el esquema tradicional de la división del trabajo, ya que la hembra, aun teniendo algunas virtudes semejantes al varón, no posee la capacidad de hacer la guerra ni de gobernar, siendo especialmente apta para administrar la casa y cuidar del marido. Plutarco (*Mul. Virt.* 19) pone como ejemplo el caso de la cirenaica Aretáfila, quien después de librar a la ciudad del tirano Nicócrates, fue invitada a participar en el gobierno, negándose a ello para ocuparse de sus labores domésticas. Platón en alguna ocasión parece conceder a las mujeres las mismas oportunidades que a los varones (*República* 5.451c-457b) con el único fin de sentar sobre una base racional su proyecto político, pero justifica claramente la inferioridad de la mujer y su dependencia con respecto al marido (*Leyes*, 5.742c; 6.744e-d, etc.).

Aristóteles, basándose en la supuesta pasividad de la mujer en la reproducción, justifica la subalternidad social y jurídica de aquella: "el macho es más apto para el mando que la hembra, exceptuando algunos casos contra natura" (*Política* 1254b5). Hesiodo, al narrar la creación de la primera mujer, Pandora, señala que bajo un aspecto aparentemente atractivo, ya que la belleza es la primera cualidad de la mujer homérica, se esconde un corazón perverso, un alma de carne y un carácter engañoso, que la impulsa a actuar por medio del engaño, lo que la convierte en un ser peligroso, que amenaza al varón, un terrible azote, un engaño del que no se puede escapar. El exponente más significativo de la misoginia griega es el famoso *Yambo de las mujeres* de Semónides de Amorgos, poema que pone en relación sucesivamente a distintos tipos de mujeres con diferentes animales y hace, al mismo tiempo, de todas ellas una caracterización absolutamente negativa. Pero la debilidad de la mujer para los griegos se manifiesta en una menor capacidad de autodomínio ante la pasión, sobre todo, ante la pasión amorosa. Esta idea de la insaciabilidad del apetito sexual de la mujer se remonta al poema hesiódico *Melampodia*, en el que se afirma que la mujer experimenta en el acto sexual diez veces más placer que el hombre.

En la época helenística la mujer adquiere un status jurídico más favorable que en épocas anteriores e incluso se incorpora a campos como la

economía y la cultura que siempre le estuvieron vedados. ¿Cuál es la causa de este cambio? Para empezar la Guerra del Peloponeso (la guerra siempre se ha constituido en el motor para la toma de conciencia de grupos marginales y su posterior cambio de status social -en nuestro días se reconoce la influencia de las dos Guerras Mundiales en la emancipación de la mujer-). Otro factor que podemos alegar es la ruptura de la estructura de la polis griega, que se produce con el dominio de Grecia y Oriente por Alejandro y sus diádocos. También la influencia que pudieron ejercer las reinas de la dinastía macedonia y su papel activo en la política y en la economía. Finalmente el influjo religioso. Gracias a las fiestas religiosas, los actos de culto eran la única válvula de escape para la mujer ateniense del siglo V a.C. En el helenismo se produce un fenómeno singular que facilita la extensión universal de divinidades femeninas. La cristalización definitiva de una religión astral y la culminación del *katheotetismo* en el que una única divinidad domina a las demás. Este sincretismo se caracterizará en que la divinidad suprema sea una diosa y no un dios. Este hecho influyó en una nueva valoración de lo femenino en toda esta larga era helenística.

La presencia de un tutor en muchos actos jurídicos se justifica en ocasiones sólo porque la mujer es *ágraphos* "analfabeta". La mujer helenística tipo medio, propietaria de su casa, de unas fanegas de tierra y de algunos animales domésticos, aparte de las labores del hogar, recibe una cierta educación (la existencia de escuelas para niñas están atestiguadas en la isla de Teos). Tiene derecho a heredar, adquirir, poseer y transmitir bienes inmuebles. Tiene derecho a vender sus tierras, a arrendarlas, a contratar servicios de una troupe de bailarinas, puede pedir un préstamo por mediación bancaria, puede permanecer soltera, puede acceder a la unión con un hombre de su agrado, puede tener trato con varios muchachos desde la adolescencia, etc.

La presencia de mujeres en la literatura griega es cuantitativamente escasa. Cuesta encontrar nombres femeninos en géneros como el filosófico (la pitagórica Esara del siglo III a.C.), el científico (la alquimista María del siglo II d.C.) o el historiográfico (Nicóbula, Pánfila y Hestiea). Algo más de fortuna ha tenido la poesía donde la tradición, aún no sien-

do generosa, nos ha transmitido noticia de diecisiete de ellas (Safo, Corina, Telesila, Praxila, Cleobulina, Beo, Erina, Nósida, Mero, Ánita, Hédila, Filina de Tesalia, Melino, Cecilia Trebula, Julia Balbila, Damo y Teosebia), claro que de manera incompleta y conservada, en el mejor de los casos, en forma de antologías y epigramas. Estos retazos fragmentarios, repletos de citas sueltas, están envueltos además en un halo de misterio cuando no de morbosidad.

Es precisamente en este período, en el siglo IV a.C., cuando aparece una de las voces enigmáticas en el mundo de la historiografía griega: Nicóbule. Este nombre de mujer se encuadra en un grupo de escritores conocidos como historiadores de Alejandro, cultivadores del género historiográfico impulsados por el propio conquistador que sintió la necesidad de dejar constancia de sus hazañas, cuya redacción encargó a Calístenes, sobrino de Aristóteles. Junto a él, otros compañeros de Alejandro cultivaron el género como Tolomeo I y Nearco, aunque se hayan perdido sus obras.

El helenismo designa el proceso histórico, desarrollado en el mundo mediterráneo tras las conquistas de Alejandro Magno, cuya principal consecuencia fue la extensión de la lengua y cultura griegas más allá de los límites del Egeo, a las poblaciones del Próximo Oriente. Cronológicamente abarca el espacio de tiempo comprendido entre la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.) y la anexión por Augusto del último reino helenístico, el Egipto tolemaico (31 a.C.). Parece lógico incluir en el proceso el propio reinado de Alejandro, que constituye el preludio y la condición indispensable para la época helenística. Desde el punto de vista espacial, se incluyen en el mundo helenístico, además de la Grecia propia y de las regiones colonizadas por los griegos, los territorios conquistados por Alejandro, y desde entonces, helenizados: Asia Menor, Egipto y el Próximo Oriente, desde la costa siria hasta los confines de la India.

La figura de Alejandro despertó un vivo interés ya en la Antigüedad, una tradición que contribuyó a difuminar sus rasgos históricos para convertirla en mito y modelo: el prototipo del conquistador, fundador del primer y único imperio universal y protagonista absoluto de grandezas y excesos debido a sus méritos individuales.

La administración y explotación del imperio se realizaba a través del sistema persa de las satrapías, circunscripciones territoriales cuyo responsable cumplía una serie de importantes funciones civiles: administración de las propiedades de la corona, recaudación de impuestos y administración de justicia.

Hay que subrayar la importancia concedida por Alejandro al desarrollo del comercio, que se vio favorecido por la apertura y ampliación de las grandes rutas comerciales entre el Mediterráneo y la India y por una política monetaria sometida al control real. Gran parte del tesoro de los Aqueménidas fue convertida en moneda de curso legal; al lado de la tradicional moneda persa, el dárlico de oro, se introdujo una nueva, el alejandrino, como intento de unificar el sistema monetario (salvando las distancias como la actual unificación monetaria del euro en la Comunidad Económica Europea).

Pero el rey macedonio es inseparable del contexto histórico en el que se inserta, a caballo entre el siglo IV a.C. y el mundo helenístico. Heredero de una monarquía nacional y militar, las conquistas asiáticas impulsaron a Alejandro a transformarla en un despotismo orientalizador, cuyo carácter carismático necesitaba el apoyo de la identificación con la divinidad. En este proceso, la victoria se convirtió en elemento clave del poder, al que se le atribuyó un carácter sobrehumano. No obstante, esa realeza oriental no llegó a sustituir completamente a la concepción de un poder personal apoyado en el *areté*, en la virtud del soberano, acorde con la tradición aristocrática y con las doctrinas de Aristóteles. Ambas concepciones sobrevivirán en el mundo helenístico, dando origen a concepciones contrapuestas de la monarquía.

Las conquistas de Alejandro abrirán, por otro lado, la polémica de las relaciones entre Occidente y Oriente, entre griegos y bárbaros. Frente a la teoría tradicional de la superioridad del griego sobre el bárbaro, que justificaba su esclavización, la política de fusión intentada por Alejandro trató de superar esta antítesis, mostrando nuevos caminos, sobre los que, desde entonces, se moverá la historia política del mundo mediterráneo.

La muerte del rey dejó en suspenso la solución a múltiples problemas que sus conquistas había generado. En todo caso, las conquistas de

Alejandro abrieron un nuevo mundo, que hará de la historia de Grecia y Oriente una unidad inseparable.

A comienzos del 323 a.C., Alejandro se instaló en Babilonia, la nueva capital del imperio, donde llegaron embajadas de todos los rincones del mundo para rendirle homenaje. Su mente trabajaba, mientras tanto, en nuevos proyectos, como la exploración del Mar Caspio o la conquista de Arabia, que quedarían interrumpidos por la repentina muerte del monarca en el verano de ese mismo año. Se desconocen sus causas, naturales -paludismo endémico, pulmonía-, o provocadas por un envenenamiento, urdido en su entorno íntimo. Dejaba tras de sí una herencia tan gigantesca como problemática.

Sobre esta tal Nicóbule, historiadora de Alejandro, los manuales de literatura griega *ad usum* manifiestan un total mutismo. Los consultados no recogen este nombre. Sólo el *Canon de autores griegos y latinos* de Luci Berkowitz nos fija su existencia en el siglo IV a.C. Los restos de su producción se contienen en la obra de Felix Jacoby, *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, monumental obra en quince volúmenes que recoge fragmentos de más de mil historiadores de todos los períodos de la literatura griega, desde Homero hasta el siglo IV d.C., con sus correspondientes comentarios. Las escasas noticias sobre su figura nos la proporcionan Ate-neo y Plinio, éste último en su obra enciclopédica *Historia Natural*, 1.12.13, donde la cita junto con otros autores al hablar de la naturaleza de ciertos árboles. Ateneo, en cambio, le confiere el rango de escritora de historia al hablar de *tà syggrámmata*.

Los dos fragmentos conservados nos proporcionan información sobre el soberano macedonio, sobre todo, el primero, que dibuja la figura del Alejandro Magno en un banquete y que hace referencia a la muerte del monarca, quizás por envenenamiento, tras la finalización de la comida. Este documento avalaría la tesis de quienes preconizan la intriga de su círculo íntimo y el asesinato del macedonio a través de la bebida. Precisamente, la prepotencia de Alejandro, brindando veinte veces a la salud de los comensales, nos muestra a un hombre más parecido a un cíclope, soberbio y sin ley, que a un estratega militar capaz de arrasar todo un con-

tinente. El texto bien mirado parece centrarse en la figura del persa Tésalo, primer sospechoso del homicidio posterior.

El segundo fragmento sitúa a Alejandro Magno igualmente en un banquete, haciendo gala la historiadora de la alta educación recibida por el rey macedonio, patente en la alusión que hace el monarca de la *Andrómeda* de Eurípides. También su afición al vino y a la prodigalidad así como a sus dotes de mando, ya que obliga a los invitados a seguir bebiendo y a luchar.

Los banquetes griegos (*symposia*) eran "reuniones de bebedores". De hecho, cualquier banquete constaba de dos partes: una en la que se saciaba el hambre y otra en la que se tomaban diversas bebidas, vino sobre todo, a la vez que se disfrutaba de toda clase de atracciones: juegos, adivinanzas, espectáculos, música, danza, etc. Se trata siempre de comidas entre hombres, de las que las mujeres libres quedas excluidas de estas reuniones sociales.

En el comentario a los fragmentos de Nicóbule, Félix Jacoby señala "El autor se esconde detrás de un nombre de mujer, aun cuando tiene uno propio..." Según el erudito alemán, asistimos al último banquete de Alejandro, que en la literatura representa el punto esencial sobre su muerte. En este sentido, la clave parece estar en el verbo *anepaíeto* "falleció".

Al parecer, la descripción de un banquete no podía ser realizada por una mujer, ya que estas, al menos las libres, no participaban del banquete. Sin embargo, las concubinas sí podían permanecer en estos actos puramente masculinos; de ahí que no haya problema en admitir que una tal Nicóbule pudiera poner por escrito estos testimonios, y no como hace Jacoby al remontarse al historiador Epifo de Olinto, contrario a Alejandro Magno, como autor de dichos fragmentos, aunque no da la cuestión por zanjada.

Otra de las autoras enigmáticas que traemos a colación por encontrarse su producción en los fragmentos de los historiadores griegos es Hestiea, esta vez una historiadora anterior al siglo I a.C. Si con Nicóbule los manuales de literatura eran parcos, con Hestiea ocurre otro tanto de lo mismo. Silencio; apenas hay rastros. También la identificación con un hombre no se descarta, algo usual por lo que veremos en el género histo-

riográfico hasta la época imperial. Las fuentes que poseemos sobre esta escritora parten de su inclusión en la obra del historiador grecojudío Flavio Josefo quien en su obra *Contra los judíos* nos da noticia de una tal Hestiea, historiadora también de época helenística pero no de Alejandro Magno, sino de finales del período helenístico.

Los fragmentos conservados muestran el gusto ya tradicional por la fundación de ciudades a las que se imponían un origen mítico. En el libro primero de una obra titulada *Sobre Fenicia* se nos habla de la actual ciudad del Líbano Beirut, fundación al parecer de Cronos, de la que se nos ofrece la explicación de su nombre, basada en otra fuente histórica, Heladio. El segundo fragmento se refiere a otro lugar, a la llanura de Senaar en Babilonia, donde según la información suministrada por la historiadora, se conservan los exvotos del templo de Zeus Enialio. Babilonia, como habíamos visto, ya desde las hazañas de Alejandro Magno se había convertido en la capital del imperio, desplazando a la clásica Atenas. De nuevo hace acto la figura mítica, esta vez de la Sibila, con la alusión a la lengua extranjera no griega de la ciudad, en clara referencia a la condición enigmática de los libros sibilinos.

Estas noticias de variada índole, escritas por una mujer, nos da una idea aproximada de las cotas culturales a las que podía llegar la mujer helenística, informando y siendo protagonista de un género literario reservado en principio a los hombres. Bien es verdad que no son reporteras de guerra, pero sí que recogen datos etnológicos, antropológicos y culturales de los lugares que narran. En ellas se observa igualmente el desarrollo del género historiográfico que, a pesar de ser cultivado por mujeres, conserva el buen *savoir faire* de los logógrafos antiguos.

Finalmente quisiéramos referirnos a una última voz femenina, esta vez sí acreditada fehacientemente, y sin lugar a dudas. Se trata de la autora del siglo II d.C., Pánfila, de la que A. Lesky en su *Historia de la literatura griega* indica: "como dato curioso, mencionemos a la erudita recopiladora Pánfila, que en el reinado de Nerón escribió 33 libros de *Apuntes históricos misceláneos*". La indicación de Lesky lo dice todo, como dato curioso, pues en la mentalidad del investigador alemán continúa la imagen de la masculinidad para un género literario como el historiográfico. Este descuido o falta de atención

hacia la historia hecha por mujeres se aprecia también en el *Dizionario degli scrittori greci e latini* que dirige Francesco della Corte, Milán, 1988. Una inoportuna errata en el índice de esta voluminosa obra, concretamente en la página 2423 manifiesta la presencia de Pánfila en las páginas 1335 y 1538. El segundo guarismo es erróneo, ya que se refiere a la página 1338.

La información que nos proporciona Pánfila, también fragmentaria, ya que sólo se nos han conservado unas páginas de su ingente trabajo, como señala el título del mismo, es variada y no historia en sentido estricto, como sucesión de acontecimientos. Así nos transmite la noticia de que Menandro el cómico, el mayor representante griego de la Comedia Nueva, mantuvo una relación de amistad con Teofrastro, el filósofo peripatético autor de *Caracteres*. Sin embargo, este dato es poco fiable y es más creíble la amistad de Menandro con Demetrio Falereo, discípulo de Teofrastro que gobernó Atenas del 317-307 a.C. Esta labor exegética sobre la figura de Menandro no es la única.

El lexicógrafo de La Suda nos informa del marido de Pánfila, un tal Sotéridas, que al igual que Dídimo de Alejandría fueron autores de extractos o resúmenes de historia, *Hypomnēmata*, en un intento por explicar la afición de esta historiadora. El acceso a los textos de Pánfila no es fácil. Se encuentra en la obra de Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, impreso en París en 1887 por la editorial Didot.

Con estas apresuradas notas he querido poner de relieve que pese a las múltiples exigencias y vicisitudes, negativas y obstáculos de toda índole, la mujer, al menos la que no tenía que colaborar en el campo para sacar su familia adelante, se sintió atraída hacia una cultura y ante un saber que sistemáticamente se le negaba por el mero hecho de ser mujer. Aquella pocas afortunadas que sí pudieron acercarse al maravilloso mundo de la cultura sufrieron en el transcurso histórico el silencio y la destrucción de su producción, cuando no el reparo de si se trataba realmente de mujeres o de hombres que bajo pseudónimo y por motivos diversos, principalmente políticos, se enmascaraban y ocultaban bajo el nombre de sus congéneres femeninos. Otras, ante la evidencia indudable de su feminidad, soportaron el agravio de la autoría, confiándoseles al marido de las mismas la obra y el trabajo que ellas con tanto tesón, entrega y sacrificio realizaron.

Adenda (fragmentos traducidos de la edición de F. Jacoby, Die Fragmente der Griechischen Historiker, 15 vols., Leiden, 1923-1970)

127. Nicóbule

T

1. Ateneo, 10.44 p.434C: Nicóbule ... a ésta le confió los libros de historia.
2. Plinio, HN 1.12.13: sobre la naturaleza de los árboles ... a partir de ... Políclito, Olimpodoro, Diogneto, Nicóbule, Antíclide, Chárete ...

F

1. Ateneo, 10.44, p.434C: Nicóbule manifiesta que éste le confió a ella los libros de historia, cuando Alejandro, comiendo junto al medo Tésalo bebió veinte veces a la salud de todos los que se encontraban en el banquete, y tras haber comido lo mismo que todos, se levantó del festín, falleciendo no mucho después.
2. Ateneo, 12.53, p.537D: Nicóbule afirma que durante la comida todos los guerreros se afanaban por agrandar al rey. Y que el propio Alejandro, al final del almuerzo, recordando cierto episodio de la Andrómeda de Eurípides, se puso a discutir, bebiendo resueltamente vino puro y obligando a los demás a hacerlo.

786. Hestica

T

1. (IV 433) Flavio Josefo, Contra los judíos, 1.107: 784 F 3a.

F

1. (1) Steph.Byz.s.v. Beritós: ciudad de Fenicia, la mayor de entre las más pequeñas, fundación de Cronos. Se llama así por la abundancia de agua. Pues "Ber" significa "pozo" entre ellos. Hestica en el libro I Sobre Fenicia se refiere al poder del agua a partir del cual se denomina a la ciudad, como señala Heladio.
2. (2) Flavio Josefo, Contra los judíos, 1.107: 784F 3a.
3. (3) Flavio Josefo, Contra los judíos, 1.118 (Eusebio, P.E.9.15; Onomasticón p.148/9 Klostermann): por la misma ciudadela y por la lengua extranjera de sus

habitantes nos viene a la memoria también la Sibila (Beroso 680F 4a & 18) ... (119) sobre la llanura llamada Senaar en un lugar de Babilonia nos recuerda Hestiea el siguiente hecho, al narrar que "De entre los sacerdotes, los que conservan las ofrendas de Zeus Enialio, tomándolas, las llevan a Senaar en Babilonia".

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Política*, introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés, Madrid, 1988.
- ARISTÓTELES, *Política*, edición bilingüe y traducción de Julián Marías y María Araujo, Madrid, 1989.
- L. BERKOWITZ - K.A. SQUITIER, *Canon of Greek authors and works*, Nueva York-Oxford, 1990.
- A. BERNABÉ PAJARES - H. RODRÍGUEZ SOMOLINOS, *Poetisas griegas*, Madrid, 1994.
- F. DELLA CORTE (dir.), *Dizionario degli scrittori greci e latini*, 3 vols., Milán, 1988.
- The Greek Anthology*, with an English translation by W.R. Paton, 5 vols., Londres, 1980.
- HESIOD, *The homeric Hymns and Homeric*, with an English translation by H.G. Evelyn - M.A. White, Londres, 1982.
- F. JACOBY, *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, 15 vols., Leiden, 1923-1970.
- JENOFONTE, *Obres socràtiques menors*, trad. de Carles Riba, Barcelona, 1924.
- FLAVIO JOSEFO, *La guerra de los judíos*, I-III, introducción, traducción y notas de Jesús M<sup>a</sup> Nieto Ibáñez, Madrid, 1997; IV-VII, Madrid, 1999.
- A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1975.
- J.LÓPEZ FACAL - A. GONZÁLEZ, *Repertorium litterarum graecarum ex codicibus, papyris, epigraphis*, Madrid, 1982.
- G. MÜLLER, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, París, 1887.
- PLATÓN, *Diálogos IV. República*, introducción, traducción y notas de Conrado Eggers Lan, Madrid, 1986.
- PLATÓN, *Las Leyes*, edición de José Manuel Ramos Bolaños, Madrid, 1988.
- F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Fiesta, comedia y tragedia*, Madrid, 1983.
- G. SANTANA HENRÍQUEZ, "Hegesias de Magnesia y la figura de Filipo II de Macedonia", *Boletín Millares Carlo*, 12 (1993), pp.141-144.
- Tratados hipocráticos V*, traducción y notas de Lourdes Sanz Mingote, Madrid, 1988.
- XENOPHON, *Memorabilia. Oeconomicus*, translated by E.C. Marchant, Londres, 1992.

#### NOTA

- 1 Este trabajo corresponde a una conferencia que con el mismo título fue impartida en la cuarta edición del seminario "Mujer y cultura (la mujer y el saber)" el 6 de abril de 1999 en Salón de Actos del Edificio de Humanidades, dentro de los Cursos de Extensión Universitaria de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.